

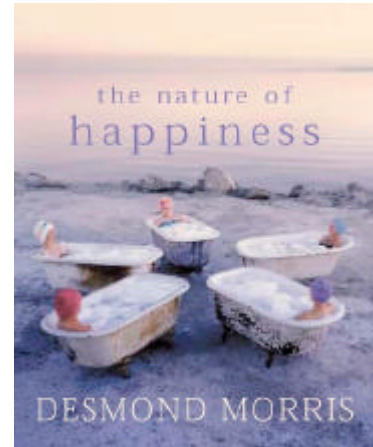


MORRIS, Desmond: *La naturaleza de la Felicidad*. Conocer la verdadera felicidad nos ayuda a alcanzarla. Barcelona, Planeta, 2006.

Por Román García

El libro que nos presenta Desmond Morris (Purton<sup>1</sup>, 1928) es ya un best seller, debido al ingenio de los llamativos símiles que este autor utiliza, y, que duda cabe, por su coherencia en el reduccionismo zoológico que le viene caracterizando. Este estilo de Desmond Morris, que viene empleando de forma habitual en sus libros anteriores, como *The Naked Ape* (*El mono desnudo*, 1967); *The Human Zoo* (*El Zoo Humano*, 1969); o *Intimate Behaviour* (*Comportamiento Íntimo*, 1971) por poner algunos

ejemplos. La característica en los planteamientos de Morris es establecer una continuidad entre el comportamiento animal y humano, para lo que utiliza el símil de una forma exagerada, de forma que en el libro comentado llega a establecer un paralelismo entre el fútbol, como elemento sustitutivo de la caza.



Portada de La naturaleza de la Felicidad en la edición inglesa (2004)

Un claro ejemplo de lo que decimos se puede encontrar en las páginas 17 a 31, en las que hace un recorrido por la historia de la humanidad, y apunta y describe los fundamentos zoológicos, a los que van íntimamente unidos aspectos biológicos, que se confunden con otros conductuales. Todo ello al estilo de Lamarck pero, al igual que éste, sin llegar a explicar cuáles son los mecanismos de la interrelación entre lo biológico, lo zoológico y lo conductual y cuándo y por qué un determinado patrón biológico o zoológico desemboca en una conducta cultural y no en otra.

Morris, quien para nada utiliza las teorías sobre la felicidad de los moralistas y la Filosofía clásica o moderna, se sitúa en un espacio subjetivo. Frente a la filosofía clásica, para la que la felicidad reside en la posesión o disfrute de un objeto o estado tales que necesariamente habrían de hacer feliz a quien consiga alcanzarlos -de ahí la pretensión de validez universal que subyace en las éticas de la felicidad-

---

<sup>1</sup>.- Un pueblo de Wiltshire, en la campiña inglesa.



para Morris, como decimos, la felicidad es una cuestión subjetiva, ya que se trata de un problema de adecuación a nuestro temperamento.

De esta forma establece una clasificación sobre la felicidad, que él mismo reconoce como incompleta (p.31), y que sostiene en las tradiciones del pasado:

Felicidad por la finalidad   Cazador  
Felicidad competitiva   Sociedad tribal  
Felicidad cooperativa   Ayuda mutua para sobrevivir  
Felicidad intelectual   Actos inteligentes

La crítica que se le puede hacer no es necesario extraerla fuera del mismo ámbito en el que se mueve Morris: Si los comportamientos zoológicos influyen como arquetipos de la conducta, entonces, ¿por qué nos influye la caza que no es propia de los monos?. Y, por otra parte, ¿cómo se puede producir la diversificación entre hombres y simios, entre cazadores y recolectores?

Alfonso Fernández Tresguerres<sup>2</sup>, para quien la felicidad no tendría una dimensión especialmente filosófica, y en eso coincidiría con Morris, clasifica las teorías sobre la felicidad en dos grandes grupos, sensualistas e intelectualistas, y nos aporta una visión más amplia y sistemática que Morris.

---

<sup>2</sup>.- Aunque en este punto discrepamos, tanto de Tresguerres como de Morris, pues creemos que la idea de felicidad es sumamente importante en filosofía (y no reducible al mero ámbito subjetivo-psicológico) , así y todo, en nuestra opinión, resulta más interesante el artículo del primero, que el ensayo del segundo, ya que contiene un amplio recorrido de las distintas posiciones sobre la felicidad, Vease: FERNÁNDEZ TRESGUERRES, A.: “De la felicidad”, El Catoblepas 14 (abril 2003). Para negar la importancia filosófica de la idea de felicidad Tresguerres se apoya en el docto Kant, al que seguidamente transcribimos por su interés, como el comentario de Alfonso Fernández Tresguerres: “«Ser feliz –escribirá Kant– es necesariamente la exigencia de todo ente racional, aunque finito, y, en consecuencia, inevitable motivo determinante de su facultad apetitiva (..) o sea, algo que se refiere a un sentimiento de placer o dolor que subjetivamente sirve de fundamento, y mediante él se determina lo necesario para estar contento de su estado. Pero precisamente porque este motivo determinante material sólo empíricamente puede ser conocido por el sujeto, es imposible considerar este problema como una ley, porque ésta, como objetiva, debe contener en todos los casos y para todos los seres racionales exactamente el mismo motivo determinante de la voluntad, pues aunque el concepto de felicidad sirva siempre de fundamento a la relación práctica de los objetos con la facultad apetitiva, no es más que el título general de los motivos determinantes subjetivos y no determina nada específico (...) En efecto, dónde haya de poner cada cual su felicidad, depende en cada uno de su particular sentimiento de placer y dolor, y aun en un mismo sujeto, de las necesidades provenientes de las modificaciones de este sentimiento». La felicidad es, pues, relativa –señala Tresguerres- por partida doble: lo es cuando se considera sujetos distintos, que podrían colocar su felicidad en cosas diferentes (y aun opuestas); pero lo es también referida al mismo sujeto, porque nadie puede estar enteramente seguro de que aquello en lo que hoy cifra su felicidad continuará haciéndole igualmente feliz en el futuro, para ello sería preciso, como observa Kant, ser omnisciente. Algo que, además de ser cierto, recuerda aquel viejo proverbio oriental: piensa muy bien lo que deseas, no vaya a ser que te sea concedido.”



Como ha señalado claramente Alfonso Fernández Tresguerres, ambas teorías coinciden en considerar la felicidad como algo objetivo, es decir, que residiría en la posesión o disfrute de un objeto o estado tales que necesariamente deberían hacer feliz a quien consiga alcanzarlos. Para Morris, al contrario que para sensualistas e intelectualistas, la felicidad es un estado psicológico-subjetivo, distinto y variable según los individuos, lo que supone de hecho que no tiene una base objetiva, para explicarla Morris acudirá a la zoología.

Sin embargo, el libro de Morris no carece de cierto interés, especialmente en la crítica que hace a Hobbes (p.19), posicionándose a favor de la concepción del hombre como un ser social, al estilo aristotélico, ya que, de no ser así, hubiese desaparecido. Según se expone, este carácter social le vendría ya de sus antecesores evolutivos.

El hombre, de esta manera, estaría constituido por distintas características zoológicas, como, por ejemplo, la caza, que supone la cooperación entre los individuos (p.44).

Más curioso nos parece el análisis que hace de la felicidad masoquista que, sin decirlo explícitamente, considera una desviación evolutiva, en la que incluye también al fanatismo puritano (p.73 y ss.).

Sin embargo, y a pesar del éxito explicativo de estos reduccionismos, al estilo del antropólogo Marvin Harris, no debemos olvidar que es necesaria una conceptualización en todo proceso evolutivo; y así, que la idea propia del hombre suponga una cooperación, en cuanto miembro de una tribu, no debe hacernos olvidar que las tribus se enfrentan de manera sanguinaria. Es necesario el desarrollo filosófico estoico para entender a la humanidad como una tribu.

Por último, no queremos dejar de señalar que la defensa de la felicidad desde un punto psicológico-subjetiva, como lo plantea Morris, supone un planteamiento absurdo, pues ésta no puede ser formulada en términos de todo o nada, como señala Tresguerres. Sucede como con el problema de la libertad: ¿somos libres o no lo somos? La pregunta misma resulta ridícula: sin duda somos libres *de* muchas cosas y no lo somos *de* muchas otras, y, desde luego, no lo somos en términos absolutos.

